

# Había una vez...

*Enrique Samayoa M.\**

Un pequeño hospital: "Santa Teresa" en la ciudad de Comayagua, en el frío mes de Febrero del año 1960, principió a recibir el arribo progresivo de cuatro jóvenes médicos. El local era triste y un tanto lúgubre, aun en los días de sol por la realidad que en él se vivía. Era de puertas abiertas a todo: vendedores ambulantes y animales vagabundos y por supuesto burros. El Director había renunciado y en su cargo quedó alguien que apenas había pasado cuarto año de Medicina. El único profesional era el odontólogo Dr. Salvador Larios U. (Q.D.D.G) graduado en la ciudad de Nueva York.

Contaba el triste nosocomio con tres amplias salas de encamados, una para mujeres, otra para hombres y otra para infantes, las dos primeras estaban huérfanas de atención médica, la tercera era atendida por el ex estudiante de cuarto año de medicina. Cada paciente informaba de lo que padecía, no se sabía si los pies hinchados eran por deficiencia cardíaca o renal, porque no existía historial médico; pero tomaban las medicinas que yacían en las inmundas mesas de noche y ellos decían saber a qué horas les tocaba tomárselas. Parece que fueron las últimas indicaciones que dejó el galeno que se retiró. Cuatro acongojadas enfermeras auxiliares esperaban las nuevas autoridades con el temor de ser despedidas. Vivían en el centro y aparte de sus escasas funciones como remedo de la disciplina de la Nightlingale, hacían también de aseo. Una era la instrumentista que por cierto terminó su expertismo con excelencia.

La sala de operaciones era como el ambiente de una casa de un pueblo fantasma. Hacía casi un año que no se practicaban cirugías y no había oxígeno porque no se nece-

sitaba. Mucho equipo estaba incompleto, sobre todo la máquina de anestesia. Terror causaba pensar que llegara una emergencia.

La cocina era como cualquiera del pueblo, pero desarreglada y sin más mesas que los tablones donde se preparaban los alimentos. Pero allí comían casi todos los empleados y las enfermeras todas en posición de pie. La ecónoma era la administradora y dietista, pues ella decidía los alimentos para comprar.

La consulta externa ocupaba un salón contiguo al despacho del director, con dos mesas, cada una con dos sillas, una para el supuesto médico y el infortunado que llegara como paciente. Dichosamente su registro diario era casi de cero. En el extremo del hospital, tres habitaciones, cada una con su cama, constituían lo que se daba en llamar el pensionado para pacientes privados del Director o recomendados políticos.

La emergencia era la misma consulta externa y de haber un paciente que requiriera ser trasladado a la sala de operaciones en tiempo de lluvia, llegaba bañado porque no había pasillo protector. A continuación de la sala de pediatría y al fondo del corredor, una amplia sala dormitorio de las enfermeras y contiguo un pequeño cuarto donde yacía abandonado un carpintero, don Vicente, parapléjico a consecuencia de un accidente y que ulteriormente se convirtió en un elemento muy valioso por su destreza en la carpintería. Al extremo opuesto de estas estancias y en el fondo del enorme patio estaba un cuarto de madera con una abandonada mesa o camilla de madera, al cual le llamaban la morgue.

El laboratorio era manejado por un empírico con severos problemas de personalidad, que no había reparado en la

\* GinecoObstetra.  
*Dirigir correspondencia a:* Dr. Enrique Samayoa, Clínicas Médicas San Carlos, Tegucigalpa.

inexistencia de material para hacer simples recuentos de glóbulos sanguíneos y mucho menos material para transfusiones. Todo era informado en la suposición de que existía normalidad o anormalidad en las muestras examinadas.

Cuando las autoridades superiores fueron informadas de esta macabra situación, quedaron incrédulos porque en ese tiempo existía un flamante Inspector General de Hospitales cuya misión era viajar por todo el país para informar y tratar de corregir las fallas encontradas.

Uno de los primeros conflictos fue al sacar los vendedores ambulantes y animales vagabundos en el inicio de la tarea de reestructuración. En la primera semana solo estaban el nuevo Director y 4 enfermeras, en la zozobra de que aparezca algo espeluznante y así sucede. A la una de la madrugada de un domingo, Pedro el anciano portero, informa sobre una mujer embarazada que ya no puede respirar y sangra profusamente. Le acompaña un hijo. No hay sangre en el laboratorio y el laboratorista está libre porque es sábado y aunque estuviera mas serviría para estorbar. Se le pregunta al muchacho cuantos años tiene: "ando en 19".

Con equipo prestado por La Policlínica de Comayagüela, se le averigua el tipo y se le extrae una unidad de sangre, tras la cual se desmaya. La madre tiene 8 meses de embarazo, con la placenta obstruyendo el paso del niño, la presión arterial casi inaudible. La instrumentista de mucha iniciativa dice: la maquina de anestesia no sirve, pero aún así que el portero traiga la paciente. Es ayudado por las otras enfermeras que cuidaban de un niño grave. La instrumentista informa que sólo hay 2 batas quirúrgicas listas y el escaso equipo que por cualquier cosa lo esteriliza cada semana, Dios la bendiga.

Tenemos un anestésico que dura 30 a 45 minutos, hay que apurarse. Corremos y con la enfermera nos lavamos las manos, operamos en tiempo récord, el niño ya estaba muerto. Al terminar, la madre principió a quejarse, se salvó! Es el primer fin de semana de turno.

Se urgió del envío de por lo menos dos médicos, quienes llegaron con todo el entusiasmo del mundo y manos a la obra. Nunca se quejaron por exceso de trabajo; por el contrario, había que pedirles que salieran a descansar, estaban llenos de proyectos en tierra virgen. En corto

tiempo llegó un médico más. Por consenso y de grito al cielo se pidió una enfermera profesional y una administradora a prueba de angustias pero honradas y las obtuvimos.

Para 30 camas de adultos y 20 de niños, se logró incrementar el personal de enfermeras prácticas a 16 y la enfermera profesional hizo las distribuciones por turnos. Ella terminó haciendo también de anestesista. Con las exigencias del trabajo renuncian la ecónoma y el encargado del laboratorio.

El equipo de trabajo constituido por cuatro médicos, la enfermera, la administradora y la secretaria, resolvió que era necesario la construcción de un pasillo con techo para poder trasladar los pacientes a la sala de operaciones. En las salas pediátricas, construir un sistema de trampas contra moscas y remodelar los servicios sanitarios y los baños, cubriéndolos de azulejo y dotándolos con duchas termoeléctricas. Construir un comedor amplio, protegido con tela metálica con sus mesas y respectivas sillas para uso de todo el personal médico, de enfermería, administración, farmacia, etc. Construir nuevas mesas de trabajo para la cocina y habilitar la estancia de las enfermeras de turno. Al carpintero lisiado se le propuso que podía seguir utilizando un cuarto del hospital para vivienda con 1a condición de desempeñarse como carpintero, a lo que accedió gustoso y dio un extraordinario rendimiento, porque con una silla de ruedas que se le consiguió se desplazaba asombrosamente construyendo su propio banco de trabajo y así hizo desde marcos para casos de ortopedia, hasta pequeñas cajas bien barnizadas para negatoscopios (donde se miran radiografías) y otras para el laboratorio. Sólo se le daba un dibujo y las dimensiones y problema resuelto. A control remoto dirigió la construcción de un nuevo ambiente de madera para la morgue, a la que se le instaló una mesa y sistema de aseo.

Se clausuraron los ambientes de pensionado y se destinaron a dormitorios para los médicos, quienes dicho sea de paso raramente abandonaban el hospital. Hasta se les tildó al principio de orgullosos, pero poco a poco se integraron a la vida de la comunidad de la que se obtuvo, diríamos casi 40% de los cambios materiales.

Se improvisaba extraordinariamente en la sala de operaciones, sobre todo con el equipo de anestesia, incompleto por su uso o por extravío "involuntario" de partes esen-

ciales, mientras adquiríamos de emergencia lo apropiado. Después que se supo lo de la cesárea principiaron a llover casos de toda clase y edades. Lo mismo sucedía con la consulta externa que de casi cero se llegó a dar 200 consultas diarias, y lo que no se curaba con medicinas se lograba con consejos a lo que llamábamos "aguantoterapia". Se logró rescatar el crédito en las droguerías, después de pagar casi un año de deudas. No se como lo hicimos, pero no había cerebro del equipo que no participara en buscar maneras para salir adelante y puse de moda una frase de mi madre, que cuando enviaba a pedir de fiado, le pedía al pulpero que "Apuntara sin disparar".

A las fuerzas vivas de la comunidad se les informó que se proyecta hacer y bajo, bajo, oímos decir "estos están locos" Los invitamos a presenciar como se instruía al personal de enfermería en el curso nocturno organizado con la colaboración de los médicos y la enfermera y con las atenciones de la administradora que nos suministraba la deliciosa oportuna y fría limonada que siempre tenía hasta para cuando se arruinaba el aire acondicionado de la sala de operaciones.

Mientras se completaban los cambios materiales, se terminó de organizar el trabajo, tanto asistencial como docente. Todos los médicos éramos recién egresados y esto se constituyó como nuestro servicio social. Así teníamos que poner en práctica lo aprendido como internos en el viejo Hospital General San Felipe y en otros centros como La Policlínica y el Centro Médico Hondureño, de tal manera que aquel que tenía conocimientos de anestesia como el Dr. Conrado Rodríguez, se le pidió entrenar a la enfermera profesional en estos menesteres, porque el servía de internista, radiólogo y cirujano. Otro era el Dr. Ernesto Fiallos F. cerebro organizador y enlace con la comunidad incluyéndolo militares y además cumplía funciones de arquitecto para las nuevas construcciones y encargado de un sector de la sala de pediatría.

Los últimos en llegar: el Dr. Nery Gómes Hernández, hizo de internista y cirujano, además todos encargados de la consulta externa con el Dr. Ramón Amaya (Q.D.D.G.) El director fue el mil usos; cirujano, pediatra, ortopedista, arreglador de entuertos y para luchar contra todas las exigencias políticas absurdas de vieja costumbre, las que se erradicaron, hasta conseguir que los contratos se dieran

por capacidad sin importar el color político del participante.

Todos los sectores comayagüenses cooperaron: Los Gun, Los Molina y de manera especial un ciudadano de origen árabe que casi se trasladó al hospital asistiéndonos, su nombre: Alfredo Jarufe. En una campaña contra la tuberculosis infantil iniciada por el Hospital, la Corporación Municipal contribuyó a la compra de un número suficiente de parches detectores de la enfermedad para cubrir toda la población escolar, lo que conllevó una activa participación del Instituto Nacional del Tórax para tratar y hospitalizar los afectados. Los clubes sociales como los Leones y principalmente su sector femenino, se dieron a la tarea de hacer actividades sociales para la compra de un pequeño parque infantil, que se instaló en el patio del hospital y que constituyó un atractivo muy especial para los pequeños enfermos que después, ya sanos, regresaban al hospital para incorporarse a los juegos. El proyecto agrícola de desarrollo rural DESARRURAL, a cargo de don Jack Alger (Q.D.D.G.), donaba toronjas y naranjas para jugos de los pacientes.

Para dar una cobertura social mas amplia se organiza una Cooperativa de Salud para maestros y telegrafistas, con la Asistencia del maestro en cooperativas Marcial Solís (Q.D.D.G.), y para pertenecer a ella se tenía que aportar la mínima cantidad de cincuenta centavos mensuales, con lo que se tenía derecho a un atención tipo privada y un lugar de hospitalización especialmente adecuado. Por supuesto que también se incluyó a la iglesia mayoritaria: la Católica, obteniendo el servicio dominical de misas en el hospital y un capellán nombrado para dar cobertura a todas las necesidades espirituales de los pacientes.

¿Qué cubríamos en nuestra atención médico quirúrgica? Casi todo y en especial lo quirúrgico. En esto ultimo se en todos los campus, pediatría, gastroenterología, ginecología, obstetricia, ortopedia, urología y hasta cirugía torácica. El equipo tenía grandes satisfacciones como la de ver casi un año después un sexagenario que llegó a rendir las gracias porque ya comía bien, después de la extirpación de un tumor estomacal. Por supuesto que en el campo de batalla hubo varios caídos en esa guerra que heroicamente se libraba contra la muerte, utilizando la improvisación y la audacia, porque Tegucigalpa en esos días quedaba a 4 horas de difícil distancia y tanta era la lucha, que hasta los reos del presidio mandaron ofrecer su

sangre, lo que desde ese momento nunca faltó. No hubo competencias desleales en la localidad, porque el único hospital privado que existía "La Policlínica de Comayagua", siempre nos dió su auxilio cuando se necesitaba, sobre todo al inicio y con todo eso, era más que obvio que el pueblo de Comayagua sin distingos quería al Hospital Santa Teresa y abusando de ese cariño nos lanzamos a una empresa mayor, construir una nueva y sólida consulta externa, bajo la dirección del Dr. Ernesto Fiallos. No todos la vimos concluida pero si se realizó y dió lugar a gestos altamente nobles, porque el acarreo del material casi fue de gratis por el señor Carlos Salgado, cariñosamente Carlitos (Q.D.D.G.). De lo aquí relatado pueden dar fe: Doña Marta Avila de Rubí, ex administradora, madre de muchos profesionales entre ellos dos prominentes abogados y políticos. Dr. Conrado Rodríguez actualmente prestigiado radiólogo del IHSS. Dr. Nery Gómez Hernández ex catedrático de cirugía plástica de la Universidad de Massachusets, ejerciendo actualmente en el hospital La Policlínica de Comayagüela. La enfermera profesional Marta Brand de

Díaz residente en Miami, Florida. Lda. Reina Ochoa de Gaeckel, actual Directora General de Población y Política Migratoria. Excelente y sacrificada secretaria, no tenía horario. El Sr. Alfredo Jarufe ahora exitoso y prominente comerciante sampedrano.

Una nota especial de afecto imperecedero al Neurocirujano Dr. Ernesto Fiallos Fonseca (Q.D.D.G.), cerebro creador de muchos logros, sobre todo en lo referente a la coordinación de las actividades con las fuerzas vivas de esa querida ciudad de Comayagua, a cuyos anales históricos hospitalarios se dedican estas remembranzas.

La Secretaría de Salud recibió así una extraordinaria colaboración de todo el pueblo de la ciudad de Comayagua.

*El Dr. Enrique Samayoa fungió como Director del Hospital Santa Teresa de Comayagua desde el mes de febrero de 1960 hasta el 14 de abril de 1961.*

---

---

NO ES PRECISO TENER MUCHOS LIBROS,  
SINO TENERLOS BUENOS.

*SÉNECA*

## Fe de erratas

Lamentamos el error por omisión en el Artículo “Promociones Médicas 1949-1953”, número 4 del Volumen 69 pág. 180, en el cual no se incluyeron las fotografías de los médicos de la Promoción de 1953.

### 1 9 5 3



Dr. Laffite M.



Dr. Andonie F.



Dr. N. O. Nasralla



Dr. Carranza V.



Dr. Gutiérrez L.



Dr. Florentino P.



Dr. Medrano D.



Dr. Flores F.



Dr. Rodríguez



Dr. Reyes Q.



Dr. Oliva B.